



## Medán en dictadura: solidaridad y relaciones sociales de género en el archipiélago de Chiloé, sur austral de Chile, 1982-1990

*Medán in dictatorship: solidarity and gender social relation in the Chiloé archipelago, southern Chile, 1982-1990*

Marcela Vargas Cárdenas\*

### RESUMEN

El objetivo es analizar las relaciones sociales de género en el archipiélago de Chiloé durante la última década de dictadura cívico-militar, considerando trayectorias de vida de mujeres rurales, el impacto del régimen en la ruralidad insular y en la conformación de una solidaridad comunitaria entre mujeres como resistencia en lo cotidiano. Se analizaron testimonios de mujeres rurales del archipiélago de Chiloé, prensa y documentos de la época. Las experiencias de ellas demuestran una defensa de la vida expresada en la subsistencia sostenible de los cuidados como un ejercicio colectivo, que al mismo tiempo denuncia socialmente el machismo y la división sexual del trabajo.

**Palabras clave:** Chiloé, mujeres rurales, violencia social, dictadura, solidaridad.

### ABSTRACT

The objective is to analyze the social gender relations in the Chiloé archipelago during the last decade of civic-military dictatorship, considering the life trajectories of rural women, the impact of the regime on the insular rurality and on the formation of a community solidarity between women as a resistance in the daily life. The work was carried out with testimonies of rural women of the Chiloé archipelago, press and documents of the time. Their experiences demonstrate a defense of life expressed in the sustainable subsistence of care as a collective exercise, and where machismo and the sexual division of labor are even denounced socially.

**Keywords:** Chiloé, rural women, social violence, dictatorship, solidarity.

---

\* Profesora y Licenciada en Historia, Magíster en Historia del Tiempo Presente por la Universidad Austral de Chile. Profesora auxiliar adjunta del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad Austral de Chile, Chile, correo electrónico: [marcela.vargas@uach.cl](mailto:marcela.vargas@uach.cl), ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3484-7029>.

Recibido: enero 2022

Aceptado: junio 2022

## Introducción

En memoria de Olivia Melián, Antonia Barría, María Márquez,  
mujeres de Caucahué y Curaco de Vilupulli

De acuerdo con crónicas de principio de siglo XX, el medán es una actividad solidaria que, etimológicamente, se asocia a presentar o prestar con el compromiso de retornar, devolver, desde una tradición originaria mapuche-huilliche<sup>1</sup>, que está en convivencia y tensión con migrantes europeos desde los tiempos de la conquista y colonización. Se prestaban y retornaban alimentos vinculados a las cosechas, como trigo o papas, pero también animales o trabajos. De acuerdo con el historiador Rodolfo Urbina, durante la segunda mitad del siglo XX se evidenciaron notorios cambios respecto a tradiciones vinculadas a las comunidades más apartadas del territorio.<sup>2</sup> Sin embargo, estas comunidades (islas interiores, villorrios apartados de los espacios más poblados), persistieron y habitaron, conservaron estas “tradiciones”, impregnadas de costumbres huilliche, chona y mestiza, y sostuvieron la vida con la agricultura y recolección de orilla para la subsistencia familiar, especialmente las mujeres. Durante estas décadas, principalmente hombres entre 14 y 60 años migraron en búsqueda de mejores condiciones laborales, sobre todo a la Patagonia chilena y argentina, hacia el sur austral. Numerosos hombres poblaron estancias ganaderas, fábricas y empresas para desarrollarse como mano de obra no calificada, en condiciones disímiles, dependiendo de las diversas tareas que podían desarrollar, incluso domésticas. En tanto, las pocas mujeres que migraron lo hicieron para ser empleadas o cuidadoras de las casas patronales de los dueños de las estancias o fábricas<sup>3</sup>. Asimismo, fueron principalmente mujeres las que permanecieron en sus hogares, con numerosos hijos que cuidar y alimentar, como mano de obra para la subsistencia y para la industria salmonera.

---

<sup>1</sup> Francisco Cavada, *Chiloé y los chilotos* (Ancud: Ediciones Museo Regional de Ancud, 2016), 136-137.

<sup>2</sup> “Es verdad que los cambios se notan menos en las áreas rurales de la Isla Grande y mucho menos en los archipiélagos interiores, pero es también palpable que se va acabando la “minga”, los “medanes”, las “lavazas”, los “llocos”, los “reitimientos”, de los pueblos, de las aldeas, de los villorrios, de los campos y de las islas donde antes se vivía la sociabilidad puertas adentro”, Rodolfo Urbina, *Castro, castreños y chilotos, 1960-1990* (Valparaíso: Ediciones Universitarias de la Universidad Católica de Valparaíso, 1996), 8.

<sup>3</sup> Véase obras tales como Sergio Mansilla, «Los Territorios Abandonados. Una Reflexión sobre las Identidades Fantasma (A Propósito del Despoblamiento de algunas Islas del Archipiélago de Quinchao)», *Actas VI Congreso Chileno de Antropología* (2007): 672-677; Felipe Montiel, *Chiloé. Historias de viajeros* (Castro: Municipalidad de Castro, 2010).

Las mujeres del archipiélago de Chiloé se posicionaron como sostenedoras y protagonistas de los campos en tiempos de ausencia masculina, generando dinámicas y acciones necesarias de problematizar históricamente, para repensar las representaciones que homogenizan la identidad rural del sur de Chile, y sobre todo el papel de las campesinas en tiempos de violencia social y política. Nos preguntamos ¿cómo se expresaron las relaciones sociales de género en la cotidianidad rural del archipiélago de Chiloé, entre 1982 y 1990, considerando la crisis económica y la intervención de la industria salmonera en el sur austral de Chile? ¿Qué elementos tensionaron o permitieron la solidaridad entre mujeres rurales durante la última década de la dictadura chilena? Creemos relevante problematizar estos elementos, ya que contribuyen a complejizar la idea detrás del “matriarcado” de las mujeres chilotas, sobre todo con la llegada de las empresas salmoneras y la incorporación de las mujeres campesinas al trabajo productivo, dada la división sexual del trabajo que en la ruralidad parecía menos perceptible. Esto a su vez plantea nuevas dimensiones respecto a la solidaridad y colaboración entre mujeres rurales, tensionándolas en su relación con los cuidados de la vida y la salud.

Se plantea como hipótesis que las relaciones sociales de género en el archipiélago de Chiloé, caracterizadas por una cotidianeidad patriarcal minifundaria, se expresaron, por un lado, en la solidaridad cotidiana entre mujeres rurales de Chiloé durante la dictadura cívico-militar, ya que establecieron prácticas colectivas que resignificaron la construcción del ideario de mujer en el trabajo productivo y reproductivo, en el minifundio y en las salmoneras. Por otro lado, hubo una articulación de sobrevivencia comunitaria entre mujeres rurales, que en los espacios más alejados del archipiélago se expresó como una continuidad de larga data, como el medán, y que conviven con la proliferación de locaciones y acceso a espacios como servicios de salud, en tensión con problemas de larga duración, como la violencia física y sexual a las mujeres, el abandono, la soltería. Todo esto en un escenario de instalación de industrias salmoneras que transformaron las dinámicas laborales de hombres y mujeres rurales.

Las mujeres rurales de esta investigación develan cuestionamientos respecto a los mandatos patriarcales y una articulación cotidiana colectiva que reconoce la condición de sometimiento en tanto campesinas. Nos replanteamos identidades dinámicas y que portan experiencias relevantes en la larga duración, como habitar la ruralidad en su singularidad, en convivencia con escenarios sociopolíticos que impactan hasta nuestro presente, como la dictadura cívico-militar. Nos interesa relevar las memorias de las mujeres no necesariamente desde un esencialismo en torno al sujeto mujer, sino que nos interrogamos por las relaciones sociales de género en lo cotidiano, la construcción de lazos solidarios entre mujeres rurales en tiempos de violencia social y política enmarcada en dictadura, además de las características de las relaciones sociales de género expresadas en una década de impactos importantes en la configuración productiva, social e identitaria del territorio insular.

Nuestro enfoque teórico-metodológico es la historia social, la historia del tiempo presente y la historia oral, vinculadas a la subjetividad e intersubjetividad como campos para entender la importancia de los silencios<sup>4</sup>, para revisar y comprender las memorias de mujeres rurales y actores vinculados a ellas, como los agentes de la salud, que durante la década de los ochenta vivieron la crisis económica en el archipiélago. Estudiar sus voces en tejido con otras, aproximarnos a sus trayectorias de vida desde un análisis de las relaciones sociales de género, y establecer las tensiones y continuidades en comunidad. Nos interesan los cruces entre la historia de las mujeres en Chile, sus diversas formas de resistir la violencia social de la dictadura cívico-militar, en los distintos territorios. De esta manera, centrar el debate en torno a las trayectorias de larga duración, instaladas en lo cotidiano<sup>5</sup>, y que permiten dialogar con procesos transnacionales, como la Guerra Fría.

Los relatos trabajados corresponden a nueve mujeres del archipiélago de Chiloé entre 50 y 80 años, entrevistadas entre 2016 y 2021, que durante la última década de la dictadura cívico-militar fueron hijas, hermanas, madres, vecinas. A su vez, se entrevistaron a dos hombres funcionarios de la salud que trabajaron directamente con estas mujeres durante el periodo de estudio, y que desde sus espacios de despliegue revelan las relaciones sociales de género y los alcances de la solidaridad entre mujeres rurales. Asimismo, se revisaron fuentes documentales escritas que sitúan el periodo, como los informes y documentos de la Oficina de Planificación y Desarrollo (ODEPLAN), considerando los debates de la época sobre el “desarrollo” y la población a través de la prensa nacional que abordaron a la mujer campesina (Revista Solidaridad), literatura del archipiélago, como los mitos y leyendas recopilados y difundidos durante la temporalidad de estudio, además de estadísticas sobre las mujeres rurales del archipiélago de Chiloé, a través del Censo de Población y Anuarios Estadísticos de Atención.

### **Memoria e historia oral para la reconstrucción de un pasado vivido por mujeres rurales en perspectiva de género.**

Para esta investigación entendemos la memoria en tanto colectiva, situada en un marco social de múltiples dimensiones, tomando en consideración el vínculo entre memorias individuales. La memoria como trabajo, de acuerdo con Elizabeth Jelin, fortalece las identidades comunitarias: “A menudo, especialmente en el caso de grupos oprimidos, silenciados o discriminados, la

---

<sup>4</sup> Véase Paul Thompson, «Historia oral y contemporaneidad», *Historia, memoria y pasado reciente*, nº 20 (2004): 15-34. Asimismo, nos sumamos a reflexiones que se centran en los cambios y continuidades del tiempo: “El presente histórico entonces no es el ahora o la inmediatez, sino un lapso de tiempo más amplio que está vinculado con la existencia de las generaciones que experimentaron un suceso”. Eugenia Allier, «Balance de la historia del tiempo presente. Creación y consolidación de un campo historiográfico», *Revista de Estudios Sociales* 65 (2018): 100-112.

<sup>5</sup> Puede revisarse lo trabajado en Isabella Cosse, Karina Felitti y Valeria Manzano, eds., *Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina* (Buenos Aires: Prometeo, 2010).

referencia a un pasado común permite construir sentimientos de autovaloración y una mayor confianza en uno mismo y en el grupo”<sup>6</sup>. Nos interesa la memoria como un ejercicio de actualización, por consiguiente, la historia oral adquiere relevancia como enfoque teórico-metodológico, ya que en el testimonio persisten las particularidades y complejidades en torno a los sujetos: “revela más sobre el significado de los hechos que sobre los hechos mismos. Muestra la relación del individuo con su historia, revela lo que la gente hizo, lo que deseaba hacer, lo que creyeron estar haciendo y lo que ahora creen que hicieron”<sup>7</sup>.

La memoria es entendida como mediadora simbólica y testigo del pasado, encumbrándose en los espacios donde la tradición escrita no prevalece. Para este estudio, como se comentó, se trabajaron también algunas narrativas del mito y la leyenda, y cómo contribuyeron a explicar las relaciones sociales de género del archipiélago de Chiloé, porque incluso en los mitos se transmite la memoria de los pueblos que cultivan la oralidad. Y a través de los olvidos y los silencios se entienden las particularidades de los sujetos, donde la memoria, al constituirse como fuente, es también un saber y un problema histórico. Por ejemplo, “la memoria de comunidades rurales (...) puede producirse en abandono de la historia, ésta es sustituida por mitos (...), oralidad u olvido”<sup>8</sup>. Esto nos propone relevar sujetos omitidos por las escrituras oficiales de la historia, a través de la oralidad y la memoria de mujeres del sur de Chile, para complejizar los análisis en torno a la violencia social en dictadura, y cómo ese pasado reciente dialoga también con nuestro presente.

A partir de esta conjunción, reconocemos en el uso de las fuentes orales un prisma de especial interés y valor, dada la fuerza objetiva y subjetiva de la historia oral, privilegiando otro lugar para pensar los procesos históricos, sin obviar los debates y complejidades detrás de su utilización<sup>9</sup>. De esta forma, creemos relevante además articular los usos de la historia oral en tanto develar voces ocultas, las esferas escondidas<sup>10</sup>, los silencios en torno a la solidaridad de mujeres, en todas sus dimensiones, pero sobre todo aquella articulación desde los márgenes, en lo cotidiano. Compartimos los postulados de Julio Aróstegui, quien plantea que historizar las experiencias permite “la convergencia de una precisa subjetividad propia de nuestro tiempo y su traducción y conversión en un proceso objetivo”<sup>11</sup>, y, asimismo, entender las experiencias como el lugar donde “confluyen percepciones, saberes, prácticas y, en definitiva, reglas, que conjuntamente

---

<sup>6</sup> Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria* 2da Edición, (Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2012): 44.

<sup>7</sup> David Mariezkurrena, «La historia oral como método de investigación histórica», *Gerónimo de Uztariz*, n° 23 (2008): 230.

<sup>8</sup> Josefina Cuesta, «La historia del tiempo presente: estado de la cuestión», *Studia Historica. Historia Contemporánea* 1, (1983): 237.

<sup>9</sup> Ver Gwyn Prins. «Historia oral», en *Formas de hacer historia*, ed. por Peter Burke, (Madrid: Alianza, 2003), 144-176.

<sup>10</sup> Thompson, «Historia oral y contemporaneidad», 22.

<sup>11</sup> Julio Aróstegui, *La historia vivida. Sobre la historia del tiempo presente* (Madrid: Alianza Editorial, 2004), 144.

organizan la asunción por el sujeto del mundo en que vive”<sup>12</sup>. En el sentido anterior, no podemos desconocer los cruces entre memoria, historia oral e historia de las mujeres, ya que, a partir del género como categoría para el análisis histórico, se visibilizan las relaciones sociales de género como relaciones de poder que han caracterizado al canon historiográfico, en tanto omisión de las mujeres en la narración<sup>13</sup>. El uso de la memoria en los activismos de mujeres y feministas han contribuido a proyectar y provocar a través de la denuncia, fortalecer el carácter identitario y sus múltiples alcances<sup>14</sup>, ya que para el caso particular de los feminismos emergen no solo luchas en torno a la autodeterminación de los cuerpos o contra el sistema sexo-género o el patriarcado, sino también respecto a la etnia, la clase, el territorio. A decir de Passerini, cuando apela a la subjetividad de las distintas tradiciones de feministas, implica “hablar de las diferentes posiciones que las mujeres, como grupo o individualmente, pueden ocupar dentro de ella”<sup>15</sup>. Las experiencias de estas mujeres pueden ser analizadas en clave feminista<sup>16</sup>, dada la relación innegable que establecemos quienes investigamos con las mujeres investigadas y el reconocimiento de tensiones metodológicas en el trabajo con las biografías, como han analizado algunas autoras, que señalan que es imperativo transparentar esta relación para entender las interpretaciones que se realizan<sup>17</sup>.

Desde los silencios, desde lo no nombrado, pueden emerger la creatividad o la adaptación, aunque también la tradición en movimiento. A través de la palabra como expresión y comunicación, se establecen análisis que interrogamos y resignificamos con otros criterios, desde otras ópticas. En este sentido, una memoria viva y colectiva que se traduce en acciones cotidianas, pero críticas en función de otros elementos, como las relaciones sociales de género, que, de acuerdo con Scott son relaciones de poder que han condicionado históricamente la política, la economía, la cultura<sup>18</sup>. Asimismo, no podemos dejar de mencionar los vínculos de los silencios con la violencia de género, considerando perspectivas más amplias, como la

---

<sup>12</sup> Aróstegui, *La historia vivida...*, 154.

<sup>13</sup> Véase Scott, Joan, «El género: una categoría útil para el análisis histórico», en *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, James Amelang y Mary Nash (Valencia: Edicions Alfons el Magnanim, 1990), 23-58; Joan Scott, *Género e historia* (México: FCE, 2008); Gerda Lerner, *La creación del patriarcado* (Barcelona: Crítica, 1990).

<sup>14</sup> Lelya Troncoso e Isabel Piper, «Género y memoria: articulaciones críticas y feministas», *Athenea digital: revista de pensamiento e investigación social* 15, n° 1 (2015): 65-90.

<sup>15</sup> Luisa Passerini, *Memoria y utopía, La primacía de la intersubjetividad* (València: Publicacions de Universitat de València, 2006): 60.

<sup>16</sup> De acuerdo con las autoras hasta acá referenciadas, analizar en clave feminista implica considerar categorías como el género para repensar la subordinación.

<sup>17</sup> Camila Moyano y Francisca Ortiz, «Los Estudios Biográficos en las Ciencias Sociales del Chile reciente: Hacia la consolidación del enfoque», *Psicoperspectivas* 1, Año 15 (2016): 42-54; María Angélica Cruz, «Epistemología feminista y producción de testimonios de mujeres sobre la dictadura en Chile: redirigiendo el foco a la posición de la investigadora», *Prácticas de oficio* 1, n. 21 (2018): 65-75.

<sup>18</sup> Scott «El género...»; Scott, *Género e historia...*

interseccionalidad, la memoria, la historia oral y la idea de que la violencia de género es violencia política<sup>19</sup>.

### **Mujeres rurales y patriarcado insular: “matriarcado machista” y creencias en el archipiélago de Chiloé**

Desde las ciencias sociales y la historia se han construido argumentos detrás del origen de la categoría “matriarcado” y los debates que ha suscitado. Poniendo en discusión estos elementos, Gerda Lerner postula lo complejo de argumentar un matriarcado previo al patriarcado, dado que lo que respaldaría estas teorías feministas maternalistas sería la existencia de artefactos y mitología vinculada a la influencia de lo femenino. La autora plantea que no hay vestigios ni argumentación que permita comprobar que las mujeres tomen decisiones políticas, sexuales, económicas por sobre los hombres, ni siquiera para el caso de las sociedades rurales “donde encontramos más a menudo mujeres dominantes o con mucha influencia en la esfera económica”<sup>20</sup>. En estos espacios se expresaría una matrilinealidad, de acuerdo sobre todo a los estudios de antropología social, lo que no quiere decir que las mujeres estarían en ventaja, derechos y privilegios con respecto a los varones. Cuestión que a su vez promueve el uso de otras categorías, como la de “matrística”<sup>21</sup>, que explicarían el surgimiento del patriarcado a través de la pérdida de libertad de la mujer por la agricultura y la acumulación de excedentes de productos para el consumo<sup>22</sup>.

A partir de la anterior discusión, la historización de la centralidad de la madre, para el caso latinoamericano, está atravesada por el marianismo. A propósito de las mujeres del archipiélago de Chiloé, las creencias religiosas aglutinaron también el quehacer de estas mujeres que, durante la década de los ochenta, eran mayoría numérica y quienes devotamente acudieron a instancias que veneran no solo a la Virgen María, sino también a Jesús, como el caso del Nazareno de isla Caguach<sup>23</sup>. Interesa cómo estos aspectos se vinculan con las mujeres chilotas durante la segunda mitad del siglo XX, y cómo ello permite analizar las relaciones sociales de género, dado la realidad geográfica y cultural del sur austral de Chile, y particularmente, el archipiélago de Chiloé.

---

<sup>19</sup> Hillary Hiner, *Violencia de género, pobladoras y feminismo popular: Casa Yela, Talca (1964-2010)* (Santiago: Tiempo Robado Editoras, 2019), 48.

<sup>20</sup> Gerda Lerner, *La creación del patriarcado* (Barcelona: Crítica, 1990), 32.

<sup>21</sup> Victoria Sau, *Diccionario ideológico feminista*, Vol. 2. Primera Edición, (Madrid: Icaria Editorial, 2001), 170.

<sup>22</sup> “Término empleado por Ernst Borneman para referirse al período prepatriarcal en el que la Madre era el eje sobre el que pivotaba toda la sociedad. Victoria Sau, *Diccionario ideológico feminista*. Vol. 1, Tercera Edición (Madrid: Icaria Editorial, 2000), 189.

<sup>23</sup> En las islas de Caguach, Chaulinec, Alao, Apiao y Tac, hacia 1986, primaba la población femenina y la existencia al menos un Centro de Madres, Estación de Salud Rural y/o Escuela. Estos espacios fueron los lugares de encuentro más mencionados, sin embargo, no fueron los únicos, de acuerdo con las entrevistadas. Véase Renato Cárdenas y Carlos Trujillo, *Caguach, isla de la devoción: Religiosidad popular de Chiloé* (Santiago: Ediciones Literatura Americana Reunida, 1986).

El trabajo que planteó el vínculo entre las mujeres chilotas y el matriarcado machista estudió los impactos del neoliberalismo en el archipiélago, no solo a nivel social, sino también políticos, económicos y medioambientales, con la condicionante de género<sup>24</sup>. Desde allí que las autoras establecen que antes de los noventa, el sistema de género en el archipiélago de Chiloé se caracterizó por ser un “matriarcado machista”, en base a lo que señalan sus entrevistados y entrevistadas como un fortalecimiento de las actitudes patriarcales a través de las prácticas de las mismas mujeres rurales, cuestión que no habría cambiado a pesar de la transformación productiva<sup>25</sup>. Constatamos que no emerge una definición de la categoría, y que se utiliza como característica anquilosada en la realidad del territorio y de la ruralidad.

Consideramos necesario historizar las relaciones sociales de género, a través de relatos de mujeres que habitaron durante la década del ochenta en el archipiélago de Chiloé, su convivencia y cotidianeidad en los últimos años de dictadura cívico-militar, e identificando a través de sus testimonios las experiencias soterradas de violencia social y solidaridad comunitaria-rural en medio de la instalación de la industria salmonera en los sectores más alejados del archipiélago. En ese sentido, relevamos la categoría de estigma, que de acuerdo con lo analizado por Erving Goffman, etimológicamente refiere “a signos corporales con los cuales se intentaba exhibir algo malo y poco habitual en el estatus moral de quien los presentaba”<sup>26</sup>, es decir, el medio social establece categorías en torno de las cuales a los individuos se les atribuyen ciertas características, que al mismo tiempo construyen una identidad personal y social determinada. Creemos que la estigmatización de las mujeres rurales se establece como un tipo de violencia social que trasciende la dictadura, pero que, en tanto Estado autoritario, es reforzado por los mandatos familiares y las expectativas en torno a los roles de género de las mujeres, independiente del territorio que habiten.

Como veremos en las memorias de las nueve testimoniadas y los dos funcionarios de la salud, las características de las mujeres rurales de Chile y, en particular, de aquellas que habitan el archipiélago de Chiloé, están atravesadas por variables como la soltería, la multiparidad, el analfabetismo y el aislamiento propio de una geografía accidentada que también condicionó la circulación y despliegue de determinados saberes que podríamos considerar “expertos”, como los vinculados a la medicina occidental o la asistencia social, pero también saberes populares y cotidianos, presentes en las creencias, supersticiones, mitos y leyendas del archipiélago.

---

<sup>24</sup> Julie Macé, Teresa Bornschlegl y Susan Paulson, *Dinámicas de sistemas de género en Chiloé Central, o la Cuadratura de los Ciclos, Documento de Trabajo N°, 63 Programa Dinámicas Territoriales Rurales* (Santiago, Chile: Rimisp, 2010): 3.

<sup>25</sup> Macé, Bornschlegl y Paulson, «Dinámicas de sistemas de género», 26.

<sup>26</sup> Erving Goffman, *Estigma. La identidad deteriorada* (Buenos Aires: Ed. Amorrortu, 2006), 11.

## Condiciones de vida de las mujeres rurales en el archipiélago de Chiloé en tiempos de dictadura

La dictadura cívico-militar chilena representó no solo el quiebre de la institucionalidad democrática, sino también la reconfiguración de ciertos mandatos y discursos dirigidos a la sociedad civil por al menos 17 años. Para los efectos de esta investigación, nos interesa la última década de dictadura (1982-1990), con énfasis de inicio en la crisis económica y lo que ello significó para las familias más pobres del país, y que para el caso del archipiélago de Chiloé, coincide con el ingreso de las primeras empresas salmoneras extranjeras.

De acuerdo con el “Mapa de la Extrema Pobreza”, Chiloé bordeaba el promedio de pobres en Chile hacia 1974, concentrados principalmente en la ruralidad, pero en ningún caso superando en proporcionalidad a otras provincias, como Coquimbo, Aysén o Cautín<sup>27</sup>. Las estadísticas, sin embargo, consideraron variables como la vivienda y el equipamiento material en esta definición y, a partir de ello, las provincias que reunían “más del 50% del total de los pobres del país, es decir, a más de 96.000 personas (...) [y] tener uno o más pobres por cada 4 habitantes”<sup>28</sup>. A fines de los ochenta, las estadísticas de pobreza rural manejadas por los servicios de salud a partir de CASEN posicionaron al eje Llanquihue, Chiloé y Palena sobre el promedio total en Chile, con el porcentaje más alto de población rural, de un 42,97%<sup>29</sup>.

Si bien Chiloé no ingresa dentro de las mediciones de “extrema pobreza”, debemos considerar más allá de las estadísticas la existencia de relatos que la consideraban un lugar empobrecido. De acuerdo a algunas actas de la Junta Militar, se señalaba que “[en] la provincia de Chiloé (...) predomina la pobreza (...) y, tal vez, las zonas más pobres son las que están alrededor de Quillón (sic), la parte Sur de la Isla, en la zona de Ancud y Chaitén”, y la inexistencia de “comunicaciones terrestres”<sup>30</sup>. El evidente aislamiento se convirtió en un problema en tanto no solo determinó la lejanía entre la institucionalidad vigente y este territorio, sino también encumbró como objetivo la necesidad de poblar espacios, ya sea evitando la migración o promoviendo la natalidad en contradicción con las políticas de planificación que, desde la década anterior, direccionaron en el control de la sexualidad para evitar el incremento de la pobreza, la desnutrición y mortalidad materno-infantil<sup>31</sup>.

---

<sup>27</sup> Información en base al “Mapa de Extrema Pobreza”, Trabajo conjunto ODEPLAN y el Instituto de Economía Universidad Católica, en Juan Carlos Méndez, *Panorama socioeconómico de Chile* (Santiago: Banco Central, 1980), 60.

<sup>28</sup> Méndez, *Panorama socioeconómico de Chile...*, 61.

<sup>29</sup> Ver Ministerio de Salud, «Pobreza rural. Ruralidad e indicadores de salud por Servicios de Salud-Chile 1992», *Departamento de Atención Integrada, Programa de Salud Rural*, Documento a incluir en Plan Nacional de Desarrollo Rural (Chile: Ministerio de Salud, 1994), 20.

<sup>30</sup> Junta de Gobierno, República de Chile, Acta n° 159, Biblioteca del Congreso Nacional, 1 de octubre de 1974, 7.

<sup>31</sup> Asociación Chilena de Protección de la Familia, *Investigaciones sobre planificación familiar* (Santiago: Asociación EIRE, 1976): 13; María Soledad Zárate, comp., *Por la salud del cuerpo: historia y políticas sanitarias en Chile* (Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2008), 201.

La “Política de Población” (1979) entrega una serie de elementos referidos a la distribución de las personas por el territorio. De hecho, se analizan un par de casos de despoblamiento en Chile, abogando por las ventajas comparativas que debiera tener cada lugar para enfrentar una “desertificación” de la superficie y población, que también es explicada por el aumento de la vejez como tendencia la época. Esta problemática, a su vez, buscó ser solucionada a través de los programas de regulación de la natalidad para disminuir las muertes de mujeres que abortaban, o de niños que morían: “el país no se enfrenta a un problema de superpoblación sino más bien al contrario posee grandes regiones potencialmente aprovechables y que se encuentran en extremo despobladas”<sup>32</sup>. Lo anterior se relaciona con el caso del sur austral, donde se expone el uso excesivo de los suelos, el viento y la nieve como variables que impactan en el despoblamiento. La solución, para los redactores de la Política de Población, es lograr una serie de valores para las nuevas generaciones, para alcanzar la armonía social a través del sacrificio por la patria para evitar estancamientos en las tasas de población. Esto a través del énfasis en los valores, el desarrollo espiritual y material, la importancia de la familia y el rol del Estado frente a ello. Asimismo, sin necesariamente explicitarse, el acceso a los servicios de salud no debía promover formas inmorales de no concebir hijos, como el aborto, pero sí las pastillas anticonceptivas<sup>33</sup>. A pesar de esta declaratoria de principios, dentro del apartado “Política y población” se enfatizaron medidas que recogían el concepto “igualdad” y participación de la mujer frente al hombre, económica y socialmente. Pero siempre, desde su rol como madre y como apoyo para el voluntariado femenino en forma de acción social, donde la mujer tenía dos tareas que cumplir por la patria: ser madre y ser parte del voluntariado femenino<sup>34</sup>.

A través de la prensa de la época, también hubo discursos dirigidos a las mujeres campesinas, donde se expuso el contraste con la urbe a partir de las características del trabajo en el campo, donde la mujer es “la que lleva la mayor parte del trabajo, tanto en la tierra como en la casa”<sup>35</sup>. Esta afirmación también es narrada por las nueve mujeres testimoniantes, ya que el trabajo del hogar estaba profundamente imbricado con las labores campesinas, que en muchos casos solo eran realizadas por su propia cuenta, en soltería permanente. Otra de las observaciones presentes en la prensa que circulaba durante la dictadura es la que tiene que ver con el poco o nulo uso de anticonceptivos, y la importancia que tiene para la familia campesina el que haya muchos hijos para el trabajo en la tierra y la subsistencia del hogar<sup>36</sup>. La prensa exponía la

---

<sup>32</sup> ODEPLAN, *Política de población: política poblacional aprobada por su excelencia el Presidente de la República y publicada en el Plan Nacional Indicativo de Desarrollo: 1978-1983* (Chile: Edición ODEPLAN, 1978), 5.

<sup>33</sup> *Ibidem*, 7.

<sup>34</sup> Ministerio del Interior, *Programa socio-económico: 1981-1989* (Chile: Edición Ministerio del Interior, 1981), 27.

<sup>35</sup> Malú Sierra, «La familia campesina», *Revista Paula*, n° 157, 17 de enero (1974): 74.

<sup>36</sup> “todos los niños que Dios mande (...) [ya que] por cada niño les dan una carga familiar, hoy 900 escudos, que en el campo es plata si se piensa en lo bajísimos que son los salarios”. Sierra, «La familia campesina», 75.

“pobreza” campesina relacionada a la ausencia de salario, y las mujeres testimoniadas coinciden de que en el campo al menos “nunca faltó para comer”<sup>37</sup>, a pesar de que la década de los ochenta en Chile se enfrentó a una profunda crisis económica, desempleo y precariedad fortalecida por la implementación del neoliberalismo y que develó una resistencia cotidiana<sup>38</sup> en las poblaciones a través de las ollas comunes.

En Solidaridad de la Vicaría de la Solidaridad se expuso un encuentro de mujeres campesinas, entre el 7 y el 10 de julio de 1986, y en donde mujeres entre Copiapó y Chiloé se reunieron para abordar problemáticas en torno a “la familia, el trabajo, la organización y la movilización, junto a las políticas sociales (...) Un debate enanchó los cauces para los entendimientos y, más que eso, de los sentimientos de mujeres que ya están contando en sus lugares lo que sucede en todo el campo de Chile”<sup>39</sup>. Lo interesante de esta instancia es que se analizaron sobre todo aspectos como el incremento de la mano de obra femenina en tareas agrícolas: “ha significado incentivar la organización de las mismas, no obstante, que a menudo las actitudes machistas, de hombres y mujeres, impiden su incorporación y, por lo tanto, tener expectativas de mejoramiento futuros”<sup>40</sup>.

En tiempos de dictadura cívico-militar, la región de Los Lagos se configuró como fundamental para la transformación económica, principalmente a partir de la masificación de industrias extractivistas acuícolas y forestales de capitales extranjeros. Para el caso particular de la provincia de Chiloé, hacia los ochenta se instalaron paulatinamente los primeros centros de cultivo y fábricas salmoneras de empresarios europeos, cuestión que tensionó la oferta laboral del territorio, considerando que históricamente el sur de Chile se caracterizó por las migraciones laborales al sur austral chileno y argentino. Esto debido a la necesidad de aumentar los ingresos familiares, más allá de la autosubsistencia expresada en la agricultura, ganadería, pesca y recolección de orilla. La incorporación de nuevas ofertas laborales, independiente de los costos socio-medioambientales, buscó evitar el despoblamiento para apuntar al “crecimiento equilibrado de la población y una adecuada distribución geográfica de esta”<sup>41</sup>, tal como revisamos en la Política de Población.

---

<sup>37</sup> Nelly Paillaleve, entrevista por Marcela Vargas, 18 de julio de 2018, Quemchi.

<sup>38</sup> Para efectos de este artículo, entenderemos resistencia como “Aquellas prácticas a través de las cuales los subordinados aprovecharían los intersticios que deja el sistema para aliviar su opresión”. Julián Carrera, «La noción de resistencia cotidiana o ¿una vaga ilusión de autonomía?», *Estudios de Historia de España* XXIII/1-2 (2021): 297-326. Asimismo, nos basamos en los análisis que vinculan la resistencia con la cultura popular: “En la medida en que la cultura popular pertenece a una clase o a un estrato cuya situación en la sociedad produce experiencias y valores distintivos, esas características presumiblemente aparecerán en sus ritos, sus bailes, sus representaciones, su indumentaria, sus narraciones, sus creencias religiosas, etcétera”. James Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos* (México: Ediciones Era, 2004), 189.

<sup>39</sup> Sin autor, «Mujer rural. La unión las llenó de ánimo», *Solidaridad*, n°228, 1 al 14 de agosto (1986): 19.

<sup>40</sup> Sin autor, «A pesar de la pobreza...», *Solidaridad*, n°232, 3 al 17 de octubre (1986): 17.

<sup>41</sup> Ministerio del Interior, *Programa socio-económico: 1981-1989...*, 26.

## Las mujeres chilotas y violencia social de la dictadura: análisis sociodemográfico

En el sur de Chile siguieron desarrollándose migraciones interregionales campo-ciudad, sin embargo, quienes permanecieron en el campo vivieron trabajando independientes o “apatronados”, en minifundios o latifundios. En el caso de las mujeres, la mayoría, no completó los estudios primarios formales, convirtiéndose en madres y trabajadoras a temprana edad, como cuidadoras de muchos hijos, en soledad o en compañía, siendo la soltería un patrón común. Según los censos de población, quienes más migraron a las ciudades fueron las mujeres, sobre todo “en las zonas rurales, donde las mujeres comienzan a ser minoritarias a partir de los 15 años”<sup>42</sup>, para desempeñarse como empleadas domésticas, niñeras o cuidadoras en la urbanidad.

Las mujeres que eran madres solteras fueron estigmatizadas por el medio social al no haber mantenido un vínculo matrimonial con el padre del hijo, haber sido abandonadas por la pareja, violentadas por la fuerza, por embarazarse muy jóvenes y/o formar parte de un contexto de vulnerabilidad<sup>43</sup>. La madre soltera, como figura histórica, se alejó de lo establecido por la institucionalidad como lo “normal” en tanto ser madre, es violentada simbólicamente, pero no necesariamente por carecer de un capital cultural determinado, sino por prescindir de la figura masculina en la crianza de los hijos. Esta característica “irregular” de la madre también es objeto de observación en los Cuadernos médico-sociales y el estudio recientemente citado, donde el estado civil de la madre influye en la lactancia y nutrición de hijos e hijas, categorizándolas como “madres de alto riesgo”<sup>44</sup>.

La crisis de 1982 repercutió en la sociedad civil a través de la cesantía, la hambruna y la pobreza de los sectores populares. Esto explicaría la alta tasa de madres solteras hacia 1982 y el descenso paulatino entre 1983 y 1984, ya que el Servicio de Registro Civil e Identificación se encarga de inscribir a las madres solteras desde el comprobante de parto, donde aparece si la mujer ha contraído matrimonio o no. Respecto a lo anterior, y considerando los estigmas referidos a las mujeres y la norma, el siguiente gráfico muestra la cantidad de mujeres reconocidas como madres, especificando aquellas que fueron declaradas como “solteras” y quienes tuvieron más de cuatro hijos entre 1979 y 1990:

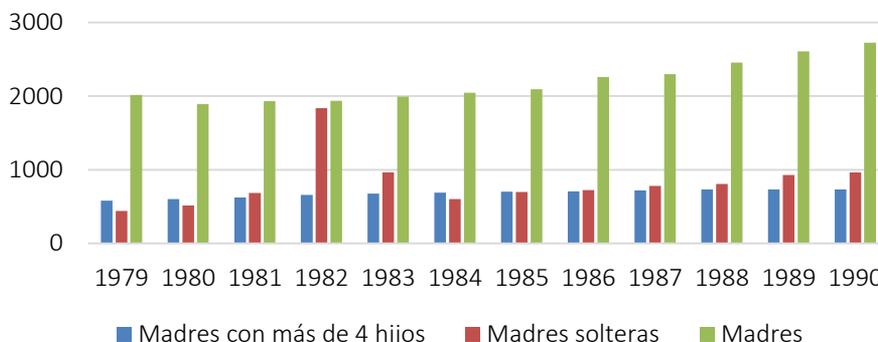
---

<sup>42</sup> Teresa Valdés y Enrique Gomariz, coord., *Mujeres latinoamericanas en cifras* (Madrid: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales FLACSO, 1992), 28.

<sup>43</sup> Sonia Montecino, *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno* (Santiago: Editorial Catalonia, 2017); Jorge Rojas, *Historia de la infancia en el Chile republicano, 1810-2010* (Santiago: Junji, 2010); Gabriel Salazar, *Ser niño "huacho" en la historia de Chile (siglo XIX)* (Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2006).

<sup>44</sup> Cristian Pereda y Jemimah Rodríguez, «Diagnóstico de situación de la lactancia materna en cuatro regiones de salud de Chile-1979», *Cuadernos médico-sociales XXIII*, n° 1 (1982): 22.

Gráfico n°1: Madres provincia de Chiloé, 1979-1990



Elaborado por la autora a partir de información entregada por el Servicio de Registro Civil e Identificación, República de Chile.

La gráfica anterior se condice con los testimonios de las nueve mujeres que habitaron la temporalidad bajo estudio, al interior del archipiélago de Chiloé. Ellas señalan que era más común ver a mujeres que no se habían casado como jefas de hogar y sustento de múltiples hijos. Según los Anuarios de Demografía 1982-1988, los nacimientos ilegítimos pasaron de 76.821 en 1982 a 94.446 en 1988. La mayor cantidad de nacimientos “ilegítimos” proporcionales a las edades de las madres, estuvieron entre las niñas de 10 y 14 años. Del total de madres menores de 15 años, 73,5% de estas madres tuvieron hijos e hijas fuera del matrimonio. Asimismo, los porcentajes de niñas menores de 18 años que se casaban cada año fluctuaron en promedio entre 12% y 16%, con un peak de 14,7% en 1983, cifra que no descendió sostenidamente al final de la década<sup>45</sup>. De acuerdo con los Planes de Salud Rural y Manuales para Auxiliares Paramédicos de la época, encontramos un relato dirigido a la madre como responsable de la “paternidad responsable”<sup>46</sup>.

Las estadísticas y estos indicios documentales nos plantean elementos para considerar la solidaridad familiar-comunitaria entre mujeres del archipiélago durante la última década de la dictadura como una resistencia de las prácticas cotidianas que no son alcanzadas por la institucionalidad. La maternidad como agenciamiento de las mujeres rurales, entroncadas en la tradición, fueron un frente donde las madres, principalmente niñas, tuvieron hijos fuera del matrimonio y asumieron como solteras o solas en la responsabilidad de la crianza de sus hijos e hijas. Sin embargo, al mismo tiempo, como se analiza en los testimonios tanto de mujeres como

<sup>45</sup> Información pública solicitada al Servicio de Registro Civil e Identificación, República de Chile, el 23 de noviembre de 2018 a través del Portal de Transparencia en <https://www.portaltransparencia.cl/PortalPdT/>.

<sup>46</sup> Programa Integrado de Salud Materno-Infantil, Proyecto MINSAL-UNICEF, *Manual de salud materna y perinatal para la auxiliar de posta de salud rural* (República de Chile: Ministerio de Salud, 1989).

de agentes que se vincularon con ellas, se develan realidades de mujeres-niñas que habitaron lo rural en Chiloé y entendieron las instituciones como el matrimonio o la legitimidad de los hijos desde la heterogeneidad identitaria, entre lo rural y lo indígena, al practicar la solidaridad como resistencia y evidenciando tensiones en las relaciones sociales de género, sobre todo con agentes de la salud pública, ya que sobre todo prefirieron vincularse y generar lazos solidarios con otras mujeres rurales.

Entre los ochenta y los noventa el archipiélago de Chiloé se caracterizó por una caída de las migraciones laborales, principalmente masculinas, además de un auge del extractivismo y uso de los bordes costeros. Las mujeres más jóvenes se insertaron en los centros de cultivo y fábricas salmoneras, explicitando su rol como jefa de hogar, aun cuando esa condición era preexistente, dada la cantidad de madres solteras que debieron sostener sin parejas el hogar y los hijos. Lo anterior es revelado tanto por los testimonios de las nueve mujeres entrevistadas, como por la tradicional narrativa en torno a los mitos y leyendas del archipiélago. Abundan las historias en torno a brujos y asimilaciones peyorativas respecto a las mujeres sobre todo cuando estas son niñas o no están casadas. Por ejemplo, lo contrario a una buena madre sería una fasilisca “mujer festiva, temeraria, que hace diabluras (sic)”<sup>47</sup>, homologando al fasilisco o basilisco, ser mitológico que explicaba las muertes por enfermedades pulmonares, por lo que se equipara a estas mujeres con el mal. Esto revela cómo se establecen valoraciones respecto al ser mujer casada o madre de familia, y que para la década de estudio también se expresa en la violencia, y vulnerabilidad de las niñas y mujeres de ser golpeadas o violadas.

Fanny Barría, mujer rural y auxiliar paramédica de Rilán, pero originaria de Llao Llao, a seis kilómetros de Castro, habla desde su propia experiencia como mujer rural y atendiendo a otras mujeres. Rememora que sobre todo las más jóvenes, entre 14 y 20 años no contaban lo que les ocurría cuando estaban embarazadas, se aislaban de la comunidad. Eran algunas funcionarias de la posta las que acudían en su ayuda, para establecer redes de apoyo, sobre todo por temor al castigo de los padres. Según ella, esto generó proliferación de partos ocultos, solas o con ayuda de vecinas que empatizaban con la situación: “con esposos alcohólicos... Las madres, las mujeres aguantaban no más, como se dice, no hablaban. Llegaban a veces golpeadas, muy maltratadas y seguían y seguían con el mismo hombre, aunque uno le explicara y les comentaba, no había caso”<sup>48</sup>.

Las testimoniadas, madres e hijas de espacios rurales que comparten en sus testimonios la vivencia y sobrevivencia para repensar aquellas instancias donde participa toda la comunidad, mirar las relaciones sociales de género y el papel de las mujeres, sus agenciamientos y tensiones respecto al machismo, el paternalismo, la minorización y estigmatización. Aun con maltrato de

---

<sup>47</sup> Renato Cárdenas, *El libro de la mitología: Historias, leyendas y creencias mágicas obtenidas de la tradición oral* (Punta Arenas: Editorial Ateli, 1998), 68.

<sup>48</sup> Fanny Barría, entrevista por Marcela Vargas, 21 de enero de 2021.

por medio, las entrevistadas coinciden con que no conocieron vecinas víctimas de violencia intrafamiliar que hayan optado por separarse, porque el matrimonio era sagrado, y los hijos iban primero. En la mayoría de los casos los mismos hombres las abandonaban, o se iban con otras mujeres. Nelly, auxiliar paramédica de Quemchi, e hija de campesinos del sector Aucar, se separó por el marido alcohólico, ya que recibió inmediata ayuda de sus padres. Sin embargo, no todas las mujeres contaron con el apoyo de sus propias familias, sino de otras vecinas, algunas a kilómetros de distancia, pero cercanas por las actividades de reciprocidad en torno al trabajo para la autosubsistencia y de cuidados en colectividad, como una resistencia solidaria y cotidiana en medio de las transformaciones económicas y políticas.

La insularidad y el aislamiento en el archipiélago de Chiloé, por ejemplo, hicieron que el trabajo en torno al mar y sus recursos generase prácticas culturales y sociales particulares: las peregrinaciones religiosas por mar, el trabajo estacional y comunitario como el medán<sup>49</sup>, la recolección de mariscos y algas, entre otros. Estas actividades impidieron que la mitad de las entrevistadas completara la educación formal, principalmente porque en muchas familias campesinas lo que primó fue contribuir al trabajo para autosubsistencia del hogar. Esta aseveración es respaldada por el Instituto Nacional de Estadísticas, que cruza la urbanidad, la ruralidad y las tasas de analfabetismo. Por ejemplo, a fines de los años ochenta, el 14% de la población mayor de 15 años era analfabeta y/o había completado como máximo tres años de estudios.<sup>50</sup>

Tanto Fanny como Nelly y Marby completaron la educación formal y se desempeñaron como auxiliares paramédicas. Una de las variables para esta diferencia estuvo en la cantidad de hermanos y hermanas en la familia y en la necesidad de fuerza de trabajo familiar, con actividades traspasadas generacionalmente para la economía del hogar. Aquí podemos encontrar un ejemplo de cómo se articularon sobre todo las mujeres como mano de obra para la autosubsistencia familiar y la crianza de los hijos e hijas. De acuerdo con los anuarios estadísticos del Ministerio de Salud y los Censos de Población, las mujeres consideradas “inactivas” económicamente por ser catalogadas como “dueñas de casa” tenían casi cuatro hijos más que aquellas consideradas “activas” o empleadas<sup>51</sup>.

Los estudios médicos como saberes expertos abogaron por evitar que las madres se desprendieran tempranamente de hijos e hijas, para evadir la desnutrición. A pesar de ello, muchas de estas mujeres no pudieron desarrollar el apego con sus hijos debido a la multiparidad, y que además debían trabajar para la autosubsistencia de la unidad doméstica, moviéndose de

---

<sup>49</sup> Gran cena con abundante licor y comida de la que se espera de vuelta alguna ayuda material (materiales para construcción, corderos, papas, dinero). Cavada, *Chiloé y los chilotes...*, 136.

<sup>50</sup> Valdés y Gomariz, *Mujeres latinoamericanas en cifras...*, 57.

<sup>51</sup> Instituto Nacional de Estadísticas, *Fecundidad en Chile, situación reciente* (Santiago: Departamento de Estadísticas Demográficas, 2006), 10.

un campo a otro con los hijos a cuestras, como relató Anatolia, de Curaco de Vilupulli, agricultora y partera:

“En esos años casi ningún niño se creció bien. Mucha madre soltera por esos años (...) Algunos se iban, migraban no volvían y casi ninguno decía ‘Ese es mi hijo’. La madre tenía que arreglárselas solita, y siendo pobre, de cualquier manera. Y había algunas con seis, siete hijos... Aun así, aquí casi ninguna madre abandonó a sus hijos, andaban con los hijos trabajando en las casas”<sup>52</sup>.

Estos aspectos generaron tensiones en medio de la modernización de la gestión sanitaria durante la década de los ochenta, cuestión en la que coinciden agentes de la salud pública.

Una situación particular que se desprende de las mujeres rurales en tanto madres es la duración de la lactancia, que según los estudios expuestos en los Cuadernos médico-sociales presentan importantes diferencias con la realidad de la maternidad urbana para el caso de la región de Los Lagos<sup>53</sup>. Estos inferían que la duración de la lactancia era menor cuando las madres eran jóvenes, primerizas y rurales. No así en madres con más edad: “A mayor ruralidad y menor escolaridad, menor es el riesgo de destete precoz. Ambos factores asociados a costumbres prevalentes en sociedad más tradicionales, donde el impacto de la modernización ha sido menos fuerte”<sup>54</sup>. La visión de lo rural homologado al retraso respecto a la modernidad es clave para pensar los silencios respecto a las prácticas de estas mujeres, sus agenciamientos y organicidad en tiempos de dictadura. En voces de actores como los funcionarios de salud: “en los años 80 era muy frecuente encontrar niñas que tenían escolaridad incompleta o semi analfabetas, eran muchas... hoy día prácticamente todas las niñas tienen cuarto medio, entonces saben de qué estamos hablando”<sup>55</sup>.

Muchas mujeres rurales fueron madres multíparas<sup>56</sup>. A fines de los ochenta, la gran multiparidad (sobre seis hijos e hijas) siempre fue un factor de riesgo, debido a la mortalidad materno-infantil que generó sobre todo cuando la madre era joven y pobre<sup>57</sup>. Para el caso del archipiélago de Chiloé, se sumaban las largas distancias respecto a los hospitales y postas,

---

<sup>52</sup> Anatolia Velásquez, entrevista por Marcela Vargas, 18 de febrero de 2018.

<sup>53</sup> Para la década de estudio incorpora lo que actualmente es la región de Los Ríos (Valdivia y alrededores).

<sup>54</sup> Pereda y Rodríguez, «Diagnóstico de situación de la lactancia materna en cuatro regiones de salud de Chile-1979», 17.

<sup>55</sup> Hugo Rebolledo, entrevista por Marcela Vargas, 1 de febrero de 2021.

<sup>56</sup> Característica de la mujer «cuando tiene más de cinco partos». Clínica Universidad de Navarra, acceso el 22 de octubre de 2018, <https://www.cun.es/diccionario-medico/terminos/multipara>.

<sup>57</sup> Organización Mundial de la Salud, *Método de atención sanitaria de la madre y el niño basado en el concepto de riesgo: una estrategia de gestión para mejorar la cobertura y la calidad de los servicios de salud de la madre y el niño y de planificación familiar, basada en la medición del riesgo individual y colectivo* (Ginebra: Organización Mundial de la Salud, publicación en offset N° 39, 1978), 4.

cuestión que buscó ser controlada con la creación de espacios como el “Hogar de la Madre Campesina”<sup>58</sup> a fines de los setenta. Sin embargo, este espacio generó una serie de conflictos entre las mujeres de los sectores más alejados de la urbanidad y los agentes de salud, que articulados con espacios como los Centros de Madres, persiguieron y obligaron a muchas mujeres a atender su embarazo y parto en estos recintos. Así señalan algunos auxiliares paramédicos, matronas y matrones que debieron sostener la atención primaria pública en estos territorios:

“teníamos que traer mujeres a las treinta y seis semanas (...) les llevamos mensajes pa’ su casa y teníamos que dar razones a la familia que estaban bien acá... igual es un poco doloroso porque muchas veces tuvimos que dar explicaciones a las familias de porqué traíamos a sus mamás por acá, a sus esposas por acá, porque los hombres no siempre están acostumbrados a quedarse solos sin la jefa del hogar”<sup>59</sup>.

De acuerdo con el relato del matrón anterior, muchas mujeres desistían de internarse en un Hogar de la Madre Campesina pues ello implicaba abandonar el campo que dependía de su cuidado, o dejar los hijos e hijas a su suerte. Por ello, era muy común que las mujeres se atendieran con parteras vecinas o de las propias familias, lidiando a su vez con la coerción policial, a partir de las denuncias de algunos funcionarios de salud de la época, que a su vez también eran amenazados: “Nadie miró la otra parte, de la cantidad de hijos menores que tenía esa madre. Yo creo que hubo un daño psicológico enorme, tanto a la madre como a los hijos... A nosotros nos obligaban a enviarlas para allá, o si no nos hacían sumario. Fue duro”<sup>60</sup>.

### **Solidaridad familiar-comunitaria como resistencia cotidiana: el medán en dictadura frente a la violencia social**

Queremos articular la solidaridad familiar-comunitaria con la complejidad de las vivencias de mujeres chilotas, a partir de matrices de violencia vinculadas a la clase y la etnia, como el analfabetismo, la multiparidad, la soltería y la identidad rural-indígena, factores que se entrelazan para tiempos de dictadura, y que al mismo tiempo articulan resistencias cotidianas en torno a una racionalidad rural familiar-comunitaria particular, frente a la avanzada del neoliberalismo, la promoción del individualismo y el abandono de lo rural. Un primer elemento es que aquellas mujeres rurales entrevistadas se caracterizaron por desarrollar actividades destinadas al cuidado y lo doméstico, además de trabajar para la sobrevivencia económica

---

<sup>58</sup> “Creados en 1976, los Hogares para la Mujer Embarazada, brindan atención en los periodos previos y posteriormente al parto para aquellas mujeres residentes en lugares alejados de los centros asistenciales especializados”. Lucía Hiriart, *La mujer chilena y su compromiso histórico* (Santiago: Editorial Renacimiento, 1985).

<sup>59</sup> Hugo Rebolledo, entrevista por Marcela Vargas, 1 de febrero de 2021.

<sup>60</sup> Germán Levicoy, entrevista por Marcela Vargas, 19 de enero de 2021.

alimentaria de la familia y la comunidad, realizando actividades laborales a la par de los hombres (mantener la huerta, la calefacción con madera nativa, el cuidado de los animales) y, expresando con ello una especie de difuminación entre el quehacer en lo privado y en lo público, entre la reproducción y la reproducción. Esto sobresale principalmente en madres que habitaban solas temporal o permanentemente: esposas de chilotes migrantes laborales del sur austral de Chile y/o madres solteras, respectivamente.

Olivia Melian, de isla Caucahué, fue madre múltipara y soltera temporal. Alcanzó a cursar algunos años de la enseñanza escolar primaria, y se casó a los 24 años: “Tuve siete hijos seguidos, tres mujeres y cuatro varones. Todos vivos y todos sanitos”<sup>61</sup>. Los primeros cuatro hijos los tuvo en casa, con parteras de la isla, vecinas reconocidas por su experiencia tradicional, y que eran contactadas dada la confianza en ellas y sus conocimientos empíricos. El resto de sus hijos los tuvo en lo que en ese entonces fue el hospital de Quemchi, con parteras “recibidas” o matronas. Con su relato, Olivia señala la convivencia de la tradición campesina y la modernización de la atención sanitaria. Sin embargo, enfatizó con que prefirió la atención en su casa, por la comodidad y confianza brindada por la partera campesina, y porque ir hasta Quemchi desde isla Caucahué implicaba viajar en lancha por al menos cuarenta minutos, y que ello dependía de la disponibilidad de embarcación y las condiciones climáticas. Por esto, y ante la ausencia de visitas médicas sistemáticas, según lo narrado por Olivia, lo más común entre las mujeres de la zona era la atención con las parteras, que también tenían conocimientos en hierbas y curaciones naturales, generando intercambios por los servicios, ya que la mayoría de las plantas eran sembradas por las mismas mujeres que eran atendidas. Esto no quiere decir que, a pesar de la lejanía de los algunos espacios, no hubo pesquisas por parte de equipos de salud y voluntariado femenino, como vimos en los testimonios anteriores. Algunos auxiliares paramédicos rurales se desplazaron hasta la isla de Caucahué para realizar exámenes preventivos, muy rústicos y acotados a los espacios menos apartados, evidenciando y en algunos casos incluso desincentivando prácticas sanitarias propias de las mujeres rurales por considerarlas riesgosas. La soltería temporal dio espacio al medán entre otras mujeres, para la crianza y la solidaridad en medio de la crisis económica de la década de los ochenta, momento que además coincide con el ingreso de capitales e inversiones extranjeras vinculadas al rubro acuícola, como las salmoneras.

El marido de Olivia fue uno de los tantos migrantes chilotes que entre los sesenta y los ochenta fueron la mano de obra estacional del sur austral de Chile en estancias y fábricas, volviendo temporalmente al hogar para proveer con elementos de los que carecía el campo (radios o ropa, por ejemplo). Como ya hemos señalado, este nomadismo masculino se replicó en varios hogares campesinos del archipiélago de Chiloé, descendiendo la intensidad migrante con la llegada de las industrias salmoneras a fines de la década de los ochenta. Olivia, como otras

---

<sup>61</sup> Olivia Melián, entrevista por Marcela Vargas, 23 de agosto de 2016.

tantas mujeres rurales, fue responsable de la crianza de siete hijos e hijas, a través de la huerta propia, pero no estuvo sola, sino que contó con la ayuda de las vecinas del campo. Esos hijos, nacidos “todos vivos y todos sanitos” se transformaron en la compañía, y también en el apoyo para la economía familiar en un momento en donde lo que la alimentación basada en la agricultura y ganadería fueron el sustento y la moneda de cambio de los hogares. Durante la década de los ochenta, las hijas mayores no migraron estacionalmente como lo hizo el padre, ya que, como mujeres, la división sexual del trabajo las condicionó a labores feminizadas, tanto como dueñas de casa como encargadas de tareas vinculadas a la cocina, la limpieza y el cuidado de niños o ancianos fuera del hogar, al menos hasta antes de la llegada de las salmoneras, lo que en cierta medida también tensionó la solidaridad comunitaria en torno al trabajo para la auto subsistencia, diluyéndose en esfuerzos aislados y folclorizados por fiestas costumbristas hasta la actualidad, como las mingas.

Con lo anterior coincide Anatolia, de 90 años, que se casó siendo adolescente, y tuvo siete hijos “en promedio, uno cada dos años”<sup>62</sup>. Los nacimientos de sus hijos fueron atendidos por su suegra, quien era partera. Esta última le enseñó los saberes de las hierbas medicinales y las curaciones para mujeres y niños del sector, ya que ambas recorrieron la comunidad de Curaco de Vilupulli, atendiendo enfermedades y alumbramientos, convidadas por mujeres que no creían en la medicina occidental y que confiaron en ellas por ser miembros de la comunidad. Tal como lo señaló Olivia, entre los años sesenta y ochenta, era más probable que los hijos e hijas de madres rurales se atendieran con una partera en casa que en el hospital. Esta variable dependía mucho de las distancias entre los hogares y un centro asistencial, porque las distancias y condiciones geográficas obligaban a las madres a moverse hasta estos espacios, situados en las incipientes ciudades de la Isla Grande, lejanas, considerando los medios de transporte y vialidad de la época. Esto repercutió en la salud de los habitantes de la ruralidad insular del sur de Chile, sobre todo en lo que respectó a la tercera edad, embarazadas y niños, que abundaban en los campos. A lo anterior se sumó la notoria ausencia de profesionales del área médica en las postas, y déficit de hospitales, como se constata por la prensa de la época<sup>63</sup> y los testimonios entregados que, en algunos casos argumentaban que el rechazo a la asistencia sanitaria institucional estaba relacionado con la estigmatización y malos tratos por ser mujeres rurales, “sin educación”, “sin recibirse”<sup>64</sup>.

Esto nos habla de la confianza hacia las vecinas parteras de cada sector, los lazos entre mujeres rurales integrantes de las mismas comunidades y el arraigo respecto a los hijos, como una solidaridad comunitaria para resistir frente al abandono; pero también para fortalecer las

---

<sup>62</sup> Anatolia Velásquez, entrevista por Marcela Vargas, 3 de febrero de 2018.

<sup>63</sup> Sin autor, «Seis médicos en Chiloé para 40 mil habitantes», *El Llanquihue de Puerto Montt*, 12 de diciembre de 1975, 5.

<sup>64</sup> Alguien “recibido”, es alguien profesional, que recibió un título.

redes comunitarias de cuidados. Como hemos venido señalando, mientras los hombres rurales entre 15 y 60 años migraron al sur austral, algunos sin retorno, las esposas, madres o hijas accionaron instancias de reunión y articulación conjunta dentro y fuera de instituciones, como los Centros de Madres. Sobre estos últimos, hay distintas valoraciones, ya que, del total de entrevistadas, no todas participaron de estos espacios al considerarlos limitantes o poco provechosos respecto a otras actividades asociadas a la subsistencia agrícola, mientras otras los aprovecharon para poder aprender algún otro oficio en medio de la crisis económica, como fue el caso de Marby Vidal, quien fue despedida del hospital de Ancud y debió trabajar en artesanías y volver al trabajo agrícola y al trueque con otras mujeres de la comunidad.

Marby Vidal es oriunda de la isla de Caucahué y reside actualmente en Quemchi. Vivió la maternidad rural perseguida por su afiliación al Partido Socialista, al igual que Nelly. Tuvo seis hijos. El primero nació en 1968, cuando ella tenía 21 años, y fue fruto de la relación con un hombre que se fue y no volvió a ver. Cuando el niño cumplió cuatro años, Marby decidió dejar la isla para trabajar como auxiliar paramédica en el hospital de Quemchi. Mientras, el niño se quedó viviendo con sus padres, porque “ellos no lo quisieron dar. Ellos se quedaron con mi hijo. Yo iba siempre, estable, todos los fines de semana, me iba a la casa en la isla porque me quedaba cerca. Ese hijo se quedó en la isla”<sup>65</sup>. El hijo “ilegítimo”, “fuera del matrimonio”, terminó siendo criado por los abuelos. De esta forma, Marby se preparó como técnico paramédico y trabajar. Al casarse, ella rememora a quien es “su primer hijo”, el “legítimo”, a aquel que tuvo dentro del matrimonio y junto a una pareja que no huyó de la responsabilidad paterna. Solo al final del relato Marby señaló la existencia de un hijo antes del matrimonio. Sus padres criaron a ese hijo, porque ella sola no pudo hacerlo. Los otros cinco hijos que tuvo fueron criados junto al marido, cuyos vínculos con el Partido Socialista le significaron la prisión por 363 días en la cárcel de Chin Chin en Puerto Montt. Ese año cuidó a dos de sus hijos con la ayuda de las vecinas. El hostigamiento los llevó a autoexiliarse por cuatro años en Argentina, retornando en 1978, para tener en Chile al último de sus hijos.

Al retornar no siguió trabajando en el hospital, por lo que se desempeñó como artesana para sobrevivir. Para ello tenía que desplazarse hasta la sede comunitaria donde se reunían algunas socias de CEMA para capacitar a mujeres en labores domésticas. Se dirigía hasta allí acompañada de sus pequeños hijos, cuando una tía no podía cuidárselos. Las dificultades a su regreso del exilio también estuvieron ligadas a la nacionalidad de tres de sus hijos nacidos en Argentina, ya que por años no tuvieron beneficios de salud, como entregas de leche o controles del niño sano, al no estar nacionalizados como chilenos. Con ellos debió acudir nuevamente a la ayuda de vecinas y la agricultura para la autosubsistencia, leche de vaca y la solidaridad de las vecinas con las que interactuó dentro y fuera del Centro de Madres.

---

<sup>65</sup> Marby Vidal, entrevista por Marcela Vargas, 18 de julio de 2018.

En Curaco de Vilupulli, a unos kilómetros de la comuna de Chonchi, vivieron María y Elisa Márquez, ambas hoy fallecidas. Fueron madres que criaron juntas a las hijas nacidas entre los años setenta y ochenta. Desde los treinta y ocho años, María vivió la crianza de su hija como madre soltera. Residió con su hermana Elisa, quien crió a dos hijas, mientras el marido viajaba temporalmente a la Argentina. Ambas compatibilizaron las soledades de forma unida, y las tres niñas crecieron como hermanas. El estigma de ser soltera y madre no fue tal para María, ya que el trabajo de la crianza fue compartido con las demás tareas que demandaba el campo, y en comunidad con su hermana y vecinas, durante la década de los ochenta. María fue agricultora y cuidadora del campo y las hijas. La mayor parte de las familias vecinas eran numerosas en hijos e hijas, y a medida que pasan las décadas y se acercan los años noventa, coinciden en que se hacen más visibles las ayudas médicas, encarnadas principalmente en las “rondas” o pesquisas realizadas por auxiliares paramédicos, como parte del Plan de Salud Rural y los operativos cívico-militares. Sin embargo, primaron los partos en casa y la atención de salud entre mujeres, a través de hierbas y alimentos propios de la huerta, que eran cultivados e intercambiados entre vecinas<sup>66</sup>. Los partos en casas, la automedicación y las mortalidades tanto infantiles como maternas fueron parte de los problemas que estas instancias institucionales buscaron solucionar y castigar, en algunos casos, incluso, con intervención de fuerzas del orden, como se comentó anteriormente.

Es importante resaltar la presencia de las madres solteras y el abandono paterno, entendido como una práctica recurrente y naturalizada por las migraciones laborales y el patriarcado. Nuestras testimoniadas coinciden en que sobre todo las mismas familias promovían el estigma de aquellas mujeres que tenían hijos sin estar casadas, pero que aun así, era preferible una madre soltera que se hacía cargo, que aquella que abandonaba a sus hijos. Se expresó una solidaridad cotidiana no solo entre hermanas o “parientas”, sino también entre vecinas. En los testimonios de Olivia y Anatolia persiste la noción de un apoyo comunitario, sobre todo entre mujeres, que en medio de las ausencias de los maridos migrantes, debieron acompañarse en la subsistencia alimentaria, intercambiando saberes y productos de la tierra y el mar, trabajando como empleadas en hogares de las urbes, con familias de profesionales, u optando por el asistencialismo que ofrecía el voluntariado de los Centros de Madres refundados por la dictadura, y articulados con los equipos y comités de salud rurales, en algunos casos. Sin embargo, durante la última década de la dictadura, ninguna de las testimoniadas se articularon en estos espacios, ya que su cotidianeidad ya estaba en vínculo con mujeres vecinas de los distintos sectores rurales.

En la comuna de Quemchi, Nelly Paillaleve, agricultora, auxiliar paramédica y partera, recuerda haber sido hostigada por estar inscrita en el Partido Socialista, mientras trabajaba en

---

<sup>66</sup> Olivia Melián, entrevista por Marcela Vargas, 23 de agosto de 2016.

un consultorio rural del lugar, durante la década de los setenta. Casada a los 20 años, tuvo su primer hijo a los 22, justo en 1973. Su primer hijo tenía 6 meses cuando la forzaron a dejar su trabajo en Quemchi, para partir al hospital de Ancud. Pasada una década del golpe, debió criar a sus hijos sola, ya que quien fuera su pareja huyó de la paternidad producto del alcoholismo, según señala. Para ella esto no fue una dificultad, ya que los padres, de tradición campesina y activo compromiso con el socialismo, cuidaron de su hijo en Aucar mientras ella trabajaba lejos de casa: “Trabajaba en Ancud y vivía allá, y mis hijos estaban aquí. Mientras estuve allá, pasé hambre... Acá en la casa nunca nos faltaba nada, o había pan o había papas”.<sup>67</sup> Al regresar al sector rural de Aucar retomó la crianza del hijo mientras esperó el nacimiento de la hija, ayudando en la huerta o con los animales a sus padres. Según este testimonio, una forma de ocupación de los cuerpos de las mujeres fue reforzar su rol de madre. De no cumplirse esto, hubo mujeres que fueron hostigadas por los agentes civiles de la dictadura, en los hospitales, principalmente. Era Nelly quien tenía que llevar a sus pequeños hijos a los controles de salud, y al mismo tiempo violentada en estos espacios, por ser de familia socialista. La entrevistada reconoce que era aventajada en comparación a otras mujeres con más de dos hijos, y solteras, sin profesión o analfabetas, como las mujeres del campo. Nelly prefirió la compañía y apoyo en cuidados que brindaban sobre todo su madre y vecinas campesinas, antes que trabajar por una remuneración que además le costaba el maltrato.

Al igual que Nelly, Marby fue testigo de las dificultades de las madres campesinas durante la dictadura cívico-militar, sin necesariamente ser víctimas de la violencia política. Como auxiliar paramédica, Nelly recorrió sectores como Tenaún, Quicaví, Tocoihue, Huicholluco, Linao, Huite. Al mismo tiempo que pobreza, las madres multíparas y solteras abundaban. Esta condición las hizo doblemente violentadas por las políticas de salud en dictadura. Por ejemplo, respecto al reparto de anticonceptivos, coinciden en que había un sesgo en la entrega de estos en los sectores rurales: “se los daban a ciertas personas si po’, si eso no era para todas las personas. Porque el pobre tiene que ser tonto. Lo primero que yo escuchaba era ‘por qué le vamos a dar todo eso, si no lo va a tomar’, o ‘¿lo entenderás?’ les decían (...) Eso era discriminación po’”<sup>68</sup>. Estos maltratos y vejaciones por ser campesinas profundizaron una reticencia a la medicina occidental y a los servicios asistenciales, al mismo tiempo que volcaron en el medio rural, como argumento para asistir al apoyo de personas de la misma comunidad, en la confianza del hogar, con la ayuda de otras mujeres.

Desde los testimonios de las mujeres que se desempeñaron como paramédicos rurales en los años de dictadura, se desprende que las mujeres que tenían una profesión y estaban casadas fueron tratadas diferenciadamente. Mientras Nelly y Marby, trabajadoras de la salud y con

---

<sup>67</sup> Nelly Paillaleve, entrevista por Marcela Vargas, 18 de julio de 2018.

<sup>68</sup> Idem.

pareja al momento de sus partos en el hospital, no sufrieron vejaciones o malos tratos durante sus partos, las madres campesinas, analfabetas y solteras vivieron otro tipo relación con los centros asistenciales al momento de dar a luz. De ello fueron testigos todas las entrevistadas, tanto como funcionarias, como mujeres que se atendieron en estos espacios: “les pegaban un palmazo por la cara, o en la cabeza, cualquier parte. Abusaban de la gente humilde ‘¡y pa’ qué te callas! Para hacer tus crías ahí cuál que te quedas callada’. Y la gente de campo se quedaba callada no más, como que era normal”<sup>69</sup>.

La violencia obstétrica o maltrato dirigido a las parturientas como violencia de género, se normalizó en tanto mujeres rurales y generó un distanciamiento respecto de estos espacios. Desde los testimonios se afirma incluso que este tipo de experiencias contribuyeron a que las mujeres rurales prefirieran la tradicional atención de las parteras en casa y el acompañamiento entre vecinas conocidas, antes que personal de salud. Se esperaba que las condiciones de atención fuesen mejores en la ciudad que en el campo, pero es precisamente en esos lugares donde algunos de sus agentes replicaron un ideal de madre que estigmatizó, y nos demuestran que las relaciones sociales de género para el caso rural también estuvieron atravesadas por otras matrices de violencia, como la clase y la etnia, generando respuestas en formas de solidaridad entre las mujeres, que llevaron adelante acciones no necesariamente articuladas en instituciones como centros de madres o juntas de vecinos, sino en el quehacer cotidiano, en el acompañamiento a los partos, las labores de cuidados e intercambio para la autosubsistencia.

De acuerdo con los testimonios entregados, la dictadura cívico-militar generó repercusiones a nivel estructural, que durante los ochenta se expresaron sobre todo en las condiciones materiales de vida. El desempleo absorbido con iniciativas como el Programa de Empleo Mínimo (PEM) fue insuficiente, ya que alcanzaba para un abastecimiento ínfimo, como un kilo de azúcar por día. Una de las testimoniantes comparaba la situación en tiempos de las Juntas de Abastecimiento Popular (JAP) durante el gobierno de Allende, donde por lo menos se podían cambiar gallinas por harina<sup>70</sup>. A pesar de lo anterior, las mujeres rurales articularon la cotidianeidad, intercambiando su fuerza de trabajo en las siembras de papas, a cambio de favores de cuidado o productos para la sobrevivencia alimentaria<sup>71</sup>. Desde lo que implicó el PEM en Chiloé en términos de obras públicas en sectores rurales, sin duda la llegada de las salmoneras generó una serie de expectativas para la población.

La instalación de las empresas salmoneras, durante la década de los ochenta, significó para algunas de estas mujeres, una oportunidad laboral inédita. De todas las testimoniantes, solo una se incorporó como manipuladora de alimentos en un centro de cultivo en una isla al interior del

---

<sup>69</sup> Marby Vidal, entrevista por Marcela Vargas, 18 de julio de 2018.

<sup>70</sup> Nelly Paillaleve, entrevista por Marcela Vargas, 18 de julio de 2018.

<sup>71</sup> Anatolia Velásquez, entrevista por Marcela Vargas, 3 de febrero de 2018.

archipiélago de Chiloé, ya que hacia los años ochenta bordeaba los veinte años, y su padre también se incorporó a la industria<sup>72</sup>. Las demás mujeres fueron críticas de estas empresas, ya que consideraron que se rompía el tejido productivo en torno a la ruralidad: “ahora no se ve nadie trabajando en el campo, ocupando esa platita para abono, para sembrar... La gente lo empezó a gastar en teles, después en celulares... Y antes una no podía dejar su casa, su campo”<sup>73</sup>.

Son las mismas mujeres rurales las que articulan una resistencia solidaria al edificar redes cotidianas de trabajo e intercambio de cuidado mutuo, desde un compromiso que también es con la tierra, con el campo, fuera de los espacios vinculados a la institucionalidad autoritaria, como los Centros de Madres o comités de salud rural, que proliferaron en estos espacios pero que, sin embargo, no fueron ocupados por todas las mujeres rurales: “me quedaba acá en mi casa no más, trabajando acá en el campo, mariscando... esas son las pegas que hay acá en el campo, ayudando a mi mamá”<sup>74</sup>.

En tanto las empresas salmoneras disminuyeron las migraciones laborales al sur austral de Chile y la Patagonia Argentina, en el territorio impactaron las dinámicas del empleo precario impuestas por la dictadura militar, en el habitar de la población del sur austral, particularmente a las mujeres rurales, considerando que además en las salmoneras constituyen la mano de obra por excelencia de las fábricas de procesamiento,<sup>75</sup> o en los centros de cultivo, como operarias o cocineras<sup>76</sup>.

Existió una resistencia colectiva de la maternidad campesina, ya que aun cuando desde el Estado autoritario se promovió la superación individual y la reproducción de roles, fueron estas mujeres las que en el campo representaron la conmutación entre trabajo agrícola y el hogar, encargándose muchas veces solas de la economía familiar, incluso teniendo que asalariarse en la industria salmonera. Gestaron la crianza y se apoyaron entre sí ante la ausencia de hombres que no asumían la paternidad o que viajaban estacionalmente al sur austral de Chile y no volvían, y observaron con incredulidad la llegada de las salmoneras y, al mismo tiempo, como un guiño de interés por parte del Estado empresario: “ahora con las salmoneras, se acordaron de nosotros, antes ni luz había”<sup>77</sup>.

La ausencia de servicios básicos como una muestra del abandono estatal, sumado a los estigmas detrás de estas mujeres en tanto identidad rural-indígena, nos permiten articular definiciones que complejizan lo que entenderíamos como la violencia social del Estado

---

<sup>72</sup> Edith Levicoy, entrevista por Marcela Vargas, 7 de febrero de 2016.

<sup>73</sup> Antonia Barría, entrevista por Marcela Vargas, 23 de julio de 2016.

<sup>74</sup> Idem.

<sup>75</sup> Nicole Cárcamo, «Trabajadoras en la fábrica y en la casa: trayectorias laborales de mujeres chilotas en la industria salmonera 1980-2008» (Tesis de pregrado, Universidad Austral de Chile, 2019); Loreto Rebolledo, «Resistencia y cambios identitarios en trabajadores/as del salmón en Quellón», *Polis. Revista Latinoamericana*, n° 31 (2012): 1-15.

<sup>76</sup> Edith Levicoy, entrevista por Marcela Vargas, 7 de febrero de 2016.

<sup>77</sup> Idem.

autoritario y lo que reconoceríamos como resistencias, ya que, para el caso de las mujeres rurales del archipiélago de Chiloé, esta violencia es tensionada por la solidaridad comunitaria, propia de estas identidades silenciadas. Son mujeres que, sin estudios formales, como sostenedoras de la vida, construyen sus propias definiciones de lo que implica la solidaridad como resistencia, reforzando una permeabilidad de las categorías para pensar la complejidad de lo rural y las relaciones sociales de género en lo rural.

Al revisar las ideas propuestas por algunas investigaciones que plantean la existencia de un “matriarcado machista” en las mujeres del territorio, o una forma única de entender las relaciones sociales de género en Chiloé, encontramos en estas mujeres una defensa de la vida expresada en la subsistencia sostenible de los cuidados como un ejercicio colectivo y en donde incluso se denuncia socialmente el machismo. Este último elemento pone en tensión las relaciones sociales de género en lo rural, considerando la violencia patriarcal y la soltería temporal debido a las migraciones laborales principalmente masculinas. El punto de partida es la crisis económica de la década de los ochenta, el impacto de esta situación en las comunidades de mujeres rurales, hasta el fin de la dictadura, la neoliberalización del territorio a través de las industrias salmoneras, y las proyecciones de la defensa de lo rural como expresión de sostenimiento de la vida. Las salmoneras se constituyeron como espacios que al mismo tiempo que posibilitaron el ingreso de mujeres al trabajo productivo, las instaló en labores feminizadas, principalmente vinculadas a los cuidados, permitiendo a su vez una mayor visibilización de la feminización de la precariedad y la pobreza, considerando que a fines de los ochenta la pobreza en Chile, en promedio, superaba el 30%<sup>78</sup>. En la misma época, del total de mujeres en Chile, a nivel regional, más del 40% respecto del total de mujeres eran consideradas pobres, mientras que del total de hombres, un 38,7%<sup>79</sup>. Las condiciones de vida no mejoraron, y las migraciones esta vez se establecieron con mayor fuerza del campo a la ciudad, estableciendo hasta hoy una dicotomía folclorizada respecto a las mujeres chilotas y su quehacer como agricultoras, mariscadoras y madres. Los campos poblados de mujeres críticas de lo que la modernidad ha traído: el abandono de la agricultura para la autosubsistencia, no un retorno al campo. Con el fin de la dictadura y la legitimación del modelo instalado, las experiencias solidarias comunitarias de mujeres en lo rural persistieron, subrepticamente y cooptadas por la institucionalidad, que a través de SERNAM y acciones que buscan potenciar el emprendimiento individual, han invisibilizado la potencialidad histórica de la resistencia solidaria entre mujeres.

---

<sup>78</sup> Ministerio de Desarrollo y Planificación (MIDEPLAN), *División Social. 1990. Encuesta de caracterización socioeconómica nacional (CASEN)* (Chile: Gobierno de Chile, 1990).

<sup>79</sup> MIDEPLAN, *Encuesta CASEN 1990, Situación de Pobreza a nivel de personas, por Región y zona* (Chile: Gobierno de Chile, 1990).

## Reflexiones finales

Reconocemos que las relaciones sociales de género en la cotidianidad rural del archipiélago de Chiloé se caracterizaron por intentos por fomentar la domesticidad femenina desde la institucionalidad autoritaria. Allí también encontramos la estigmatización y prejuicio respecto a las mujeres rurales, no solo en base a su género, sino también debido a la clase y etnia. Esto se expresa en las condiciones de vida de mujeres rurales durante la última década de dictadura, que coincide con la instalación del modelo neoliberal, encarnado en industrias extranjeras extractivistas como las salmoneras. A pesar de lo anterior, se consignan redes solidarias vinculadas a la familia y la vecindad entre mujeres, durante los periodos de crisis económica e implementación neoliberal (1982-1990), donde fueron principalmente estas quienes sostuvieron redes de apoyo mutuo, en resistencia habitando la sostenibilidad del campo, la agricultura y recolección de orilla, desafiando los cánones que ligaron a las mujeres como trabajadoras de labores conocidas como “feminizadas”, haciendo lo que en Chiloé se conoce como “medán” o intercambiar en comunidad cotidiana. Se intercambiaron y retornaron prácticas de cuidados en torno a las maternidades que fueron objeto de violencias por pobres, solteras, analfabetas, dada la dictadura cívico-militar y el despliegue de actores que al mismo tiempo fueron testigos de estas situaciones.

De los elementos que generaron tensiones en el desarrollo de una solidaridad entre mujeres rurales chilotas, se encuentran, por un lado, la crisis económica y cómo ello no afectó necesariamente a las mujeres rurales en términos de sobrevivencia alimentaria, sino en el acceso o no a servicios básicos como la salud pública, donde se establecen estigmas respecto a las chilotas en tanto campesinas, analfabetas, jóvenes y/o solteras. Durante la década de los ochenta, la burocracia sanitaria intentó desplegarse y controlar la automedicación y los partos domiciliarios, dadas las condiciones de aislamiento de estas mujeres en términos geográficos. El cuidado y la atención comunitaria, sin embargo, siguieron prevaleciendo, en medio de la persecución y el uso de la fuerza pública para obligarlas a atenderse en hospitales. Por otro lado, los impactos de la industria salmonera como alternativa laboral para mujeres, generaron visiones encontradas en función de las necesidades de cada una. Hubo quienes se incorporaron a las fábricas de procesamiento y evidenciaron la división sexual del trabajo en tanto distribución de las labores por fuerza, destreza, pero también precariedad. Mientras, en la ruralidad, la autosubsistencia agropecuaria significó sobre todo para aquellas mujeres denominadas como “solteras”, el medán, es decir, el intercambio generoso de cuidados, de solidaridad ante el estigma y el abandono, para la sobrevivencia frente a una realidad geográfica caracterizada por el aislamiento, la ausencia de servicios básicos y el patriarcado en tiempos de instalación neoliberal.

El medán como resistencia cotidiana en tiempos de violencia política y social, donde las vivencias de mujeres rurales posibilitan nuevas formas de entender la solidaridad desde los trabajos de cuidados, sobre todo en el mundo rural. Así, entenderlas como sujetas históricas que, en la autosubsistencia, lideraron acciones que hasta el momento solo han sido consideradas como folclor, como tradición anquilosada, donde lo cotidiano no ingresa en la discusión historiográfica, sobre todo si está vinculado al ámbito de lo privado. Nos encontramos con actoras dinámicas, con trayectorias que no pueden ser únicamente pensadas desde la reproducción y lo privado, sino en lo público, en lo productivo. Mujeres que establecen un quehacer persistente por la defensa de la vida propia y la del entorno, sobre todo, cuando debe hacerse frente a la violencia social y de género, propiciada directa o indirectamente por el Estado en sus distintas dimensiones. Si bien, culturalmente el medán sigue siendo visto como una práctica tradicional que no es leída en clave de género, al incorporar esta dimensión reconocemos el tránsito de las mujeres como sujetos que accionan desde lo cotidiano y demuestran que es posible responder a las transformaciones en tiempos de dictadura e implantación del neoliberalismo desde la resistencia como sobrevivencia.

## Referencias citadas

- Allier, Eugenia. «Balance de la historia del tiempo presente. Creación y consolidación de un campo historiográfico». *Revista de Estudios Sociales* 65 (2018): 100-112.
- Aróstegui, Julio. *La historia vivida. Sobre la historia del tiempo presente*. Madrid: Alianza Editorial, 2004.
- Asociación Chilena de Protección de la Familia. *Investigaciones sobre planificación familiar*. Santiago: Asociación EIRE, 1976.
- Cárcamo, Nicole. «Trabajadoras en la fábrica y en la casa: trayectorias laborales de mujeres chilotas en la industria salmonera 1980-2008». Tesis pregrado. Universidad Austral de Chile, 2019.
- Cárdenas, Renato y Carlos Trujillo. *Caguach, isla de la devoción: Religiosidad popular de Chiloé*. Santiago: Ediciones Literatura Americana Reunida, 1986.
- Carrera, Julián. «La noción de resistencia cotidiana o ¿una vaga ilusión de autonomía?». *Estudios de Historia de España* XXIII, nº 1-2 (2021): 297-326.
- Cavada, Francisco. *Chiloé y los chilotes*. Ancud: Ediciones Museo Regional de Ancud, 2016.
- Cosse, Isabella, Karina Felitti y Valeria Manzano, eds. *Los '60 de otra manera. Vida cotidiana, género y sexualidades en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo, 2010.
- Cuesta, Josefina. «La historia del tiempo presente: estado de la cuestión». *Studia Historica. Historia Contemporánea* 1, (1983): 227-241.
- De Barbieri, Teresita. «Sobre la categoría género: una introducción teórico-metodológica». *Debates en sociología*, nº 18 (1993): 145-169.

- Gálvez, Ana, coord. *Históricas. Movimientos feministas y de mujeres en Chile, 1850-2020*. Santiago: Editorial LOM, 2021.
- Goffman, Erving. *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu, 2006.
- Hiriart, Lucía. *La mujer chilena y su compromiso histórico*. Santiago: Editorial Renacimiento, 1985.
- Illanes, María Angélica. *Nuestra historia violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX: una revolución permanente*. Santiago: LOM Ediciones, 2012.
- Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria 2da Edición*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 2012.
- Macé, Julie, Teresa Bornschlegl y Susan Paulson. *Dinámicas de sistemas de género en Chiloé Central, o la Cuadratura de los Ciclos, Documento de Trabajo N°, 63 Programa Dinámicas Territoriales Rurales*. Santiago, Chile: Rimisp, 2010.
- Mariekurrena, David. «La historia oral como método de investigación histórica». *Gerónimo de Uztariz*, n° 23 (2008): 227-233.
- Mansilla, Sergio. «Los Territorios Abandonados. Una Reflexión sobre las Identidades Fantasma (A Propósito del Despoblamiento de algunas Islas del Archipiélago de Quinchao)». *Actas VI Congreso Chileno de Antropología* (2007): 672-677.
- Montecino, Sonia. *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. Santiago: Editorial Catalonia, 2017.
- Montiel, Felipe. *Chiloé. Historias de viajeros*. Castro: Municipalidad de Castro, 2010.
- Moyano, Camila y Francisca Ortiz. «Los Estudios Biográficos en las Ciencias Sociales del Chile reciente: Hacia la consolidación del enfoque». *Psicoperspectivas* 1, Año 15 (2016): 42-54
- Lerner, Gerda. *La creación del patriarcado*. Barcelona: Crítica, 1990.
- Passerini, Luisa. *Memoria y utopía, La primacía de la intersubjetividad*. València: Publicacions de Universitat de València, 2006.
- Prins, Gwyn. «Historia oral». En *Formas de hacer historia*, editado por Peter Burke, 144-176. Madrid: Alianza, 2003.
- Rojas, Jorge. *Historia de la infancia en el Chile republicano, 1810-2010*. Santiago: Junji, 2010.
- Pereda, Cristian y Rodríguez, Jemimah. «Diagnóstico de situación de la lactancia materna en cuatro regiones de salud de Chile-1979». *Cuadernos médico-sociales XXIII*, n° 1 (1982): 13-26.
- Rebolledo, Loreto. «Resistencia y cambios identitarios en trabajadores/as del salmón en Quellón». *Polis. Revista Latinoamericana*, 31 (2012): 1-15.
- Salazar, Gabriel. *Ser niño "huacho" en la historia de Chile (siglo XIX)*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 2006.
- Sau, Victoria. *Diccionario ideológico feminista*. Vol. 1, Tercera Edición. Madrid: Icaria Editorial, 2000.
- Sau, Victoria. *Diccionario ideológico feminista*. Vol. 2. Primera Edición. Madrid, Icaria Editorial, 2001.
- Scott, James, *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México: Ediciones Era, 2004.
- Scott, Joan. «El género: una categoría útil para el análisis histórico». En *Historia y género. Las mujeres en la Europa moderna y contemporánea*, James Amelang y Mary Nash, 23-58. Valencia: Edicions Alfons el Magnanim, 1990.
- Scott, Joan. *Género e historia*. México: FCE, 2008.

- Thompson, Paul. «Historia oral y contemporaneidad». *Historia, memoria y pasado reciente*, nº 20 (2004): 15-34.
- Troncoso, Lelya e Isabel Piper. «Género y memoria: articulaciones críticas y feministas». *Athenea digital: revista de pensamiento e investigación social* 15, nº 1 (2015): 65-90.
- Valdés, Teresa y Enrique Gomariz, coord., *Mujeres latinoamericanas en cifras*. Madrid: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), 1992.
- Zárate, María Soledad, comp., *Por la salud del cuerpo: historia y políticas sanitarias en Chile*. Santiago: Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2008.

## Documentos

- Departamento de Atención Integrada, Programa de Salud Rural, Documento a incluir en Plan Nacional de Desarrollo Rural, Chile: Ministerio de Salud, 1994.
- Méndez, Juan Carlos. *Panorama socioeconómico de Chile*. Santiago: Banco Central, 1980.
- Ministerio del Interior. *Programa socio-económico: 1981-1989*. Chile: Edición Ministerio del Interior, 1981.
- Ministerio de Desarrollo y Planificación (MIDEPLAN), División Social. *Encuesta de caracterización socioeconómica nacional (CASEN)*. Chile: Gobierno de Chile, 1990.
- Servicio Nacional de Salud, Dirección General, Departamento Técnico. *Anuario Atenciones y recursos*. Chile, Subdepartamento de Estadística, Ministerio de Salud, Gobierno de Chile, 1973-1983.
- Sierra, Malú. «La familia campesina». *Revista Paula*, nº 157, 17 de enero de 1974: 74-77.
- Sin autor. «A pesar de la pobreza...». *Solidaridad*, nº232, 3 al 17 de octubre de 1986: 17.
- Sin autor. «Mujer rural. La unión las llenó de ánimo». *Solidaridad*, nº228, 1 al 14 de agosto de 1986: 19.
- Sin autor. «Seis médicos en Chiloé para 40 mil habitantes». *El Llanquihue de Puerto Montt*, 12 de diciembre de 1975, 5.
- ODEPLAN. *Política de población: política poblacional aprobada por su excelencia el Presidente de la República y publicada en el Plan Nacional Indicativo de Desarrollo: 1978-1983*. Chile: Edición ODEPLAN, 1978.
- Organización Mundial de la Salud. *Método de atención sanitaria de la madre y el niño basado en el concepto de riesgo: una estrategia de gestión para mejorar la cobertura y la calidad de los servicios de salud de la madre y el niño y de planificación familiar, basada en la medición del riesgo individual y colectivo*. Ginebra: Organización Mundial de la Salud, publicación en offset N° 39, 1978.
- Programa Integrado de Salud Materno-Infantil. *Proyecto MINSAL-UNICEF, Manual de salud materna y perinatal para la auxiliar de posta de salud rural*. República de Chile: Ministerio de Salud, 1989.